

# **La cultura alumbra e incrementa siempre ciudadanía activa.**

---

El nuevo rol de las organizaciones para la cultura en las post políticas culturales

Es la primera vez, finalmente, que viajo directo desde Barcelona hasta Buenos Aires: esta vez no hay escala técnica/centralista en Madrid. Aerolíneas se me antoja un hotel en el que dormir y soñar. Son las 10.30 h de la noche. Antes de salir de casa pillo dos libros que me ha regalado una amiga gestora cultural: *El complot del arte* de Jean Baudrillard y *El fin del arte* de Donald Kuspit. Me invita, cuando regrese, a cenar para que se los comente.

Conozco el primer texto/esbozo de Baudrillard. Lo publicó en el periódico *Libération* en mayo de 1996. Querían lapidarlo. El ambiente de las políticas culturales estaba, todavía, en plena forma. Empieza así: *Si en la pornografía circundante se ha perdido la ilusión del deseo, en el arte contemporáneo se ha perdido el deseo de la ilusión. En el porno no queda nada que desear.* Por aquel entonces yo ya era un disidente público y notorio de las políticas culturales. Substituí artes por las tales y me pareció una afirmación de guerra.

Ojeo el texto en la larga espera en el aeropuerto. El libro se me antoja un steak tartar conceptual inteligente, medido, para detectar la pomada de las artes. Que es lo mismo que la pomada de las políticas culturales que confundieron, estúpidamente, artes con cultura. Hoy estamos hartos de sus propuestas descaradamente mediocres, de sus perogrulladas travestidas de imprescindibilidad. Ya no soporté más ni un minuto sus estrategia del sublimar la insignificancia, las bagatelas. O la opción de transformar la Nada mayúscula en eje de sentido para la vida. La respuesta de muchos, de los ciudadanos sensatos, especialmente, es desilusión. Espléndido Baudrillard, un autor que no está entre mi santoral.

*El fin del arte* lo abro cuando el avión está cerca de Sao Paulo. Donald acusa, pontifica, está indignado porque hemos arrojado a la basura el arte que cura, porque se ha desentendido de lo verdaderamente fecundo. No se anda con florituras. Es casi un Shakespeare menor: el mundo del arte está podrido y todos somos cómplices. Todos hemos optado por integrarnos en la comuna pastelera del *buen rollito* de las políticas culturales internacionales desatinadas. Me va el diagnóstico. Pero no me gusta nada su opción: nostalgia del pasado, de una belleza que fue.

Llego al amanecer a Buenos Aires. Y sigo viaje a Mar del Plata para estar en el Primer Congreso Argentino de Cultura. Repaso, en la autopista, mis notas. Otra vez en Argentina, mi otro país al otro lado del océano. Quiero olvidarme de los libros. O, tal vez, quedarme con el sabor que me han dejado, amargo, en el paladar: los ciudadanos están desilusionados del arte, pasan de las

organizaciones para la cultura. Muchos trabajadores en sus equipos, también.

Recuerdo la mañana nublada. El auditorio con poca gente al principio y lleno al final. Los amigos y conocidos. Los que han leído mis libros. Los que querían una foto. Los que me ofrecían programaciones trabajadas con la gente. Los aplausos que cortaban mi entrega. Y la laga ovación final: no sabía qué hacer.

Prometí escribir lo que conté. Aquí está en lo substancial. En lo nuclear. Lo debo a todos y todas. Por tu extraordinaria calidez y generosidad.

## **0. Repesquemos a Hegel y Marx, dos filósofos mal vistos.**

En estos momentos del todo vale, permitidme que vuelva los ojos a dos filósofos, dos hombres que intentaron entender su tiempo y pensaron con los pies metidos en el fango. Para, después, proponer.

Hegel, el de la famosísima tesis, antítesis y síntesis, tan usada y tan mal interpretada, nos aconseja algo clave en el mundo globalizado de hoy: *qué debemos observar*. Menudo susto para demasiados metidos en cultura que están en el activismo o las seguridades de las políticas culturales: *miren fuera, olvídense de lo qué hacer y cómo, observen atentamente a los ciudadanos plurales, vulnerables, inquietos, la ciudad, el mundo...* Siguiendo el consejo de Hegel me detendré en trazar una pincelada fuerte, en rojo, sobre lo que ha pasado estos últimos veinte años en el sector de la cultura.

Astuto, brillante, Hegel nos recomienda después que afinemos *qué debemos pensar*. Desde los ciudadanos y sus vidas. Desde el horizonte de esperanza por el que navegan, se pierden y luchan. Al sector de las organizaciones para la cultura se nos pide que propongamos: las ideas preceden a la acción. Dibujaré, en este pensar, dos cuestiones: qué es y para qué sirve hoy la cultura. Y, como desde ella y con ella, el ciudadano hoy se construye, se hace. Vive: convive. Me parecen dos cuestiones mayores que en las postpolíticas culturales debemos repensar y optar.

Finalmente, Hegel, amante de los triángulos, nos propone que dibujemos *lo que debemos hacer*. Observación, pensamiento y acción se entrelazan, fortifican, reorientan: hacer, pensando, en lo observado. Aquí voy a esbozar cómo hoy debemos motivar – maravilloso concepto olvidado- ciudadanía activa, con sentido común, desde la cultura: desde lo que aportamos, para más vida en la vida, las organizaciones para la cultura.

Marx, muy sabio, patriarca de largas barbas que se las sabe todas, apostilló algo que debemos escribir en medio del triángulo hegeliano: *qué debemos transformar*. ¡Genial! Estamos en las postpolíticas culturales porque queremos cambio. Transformación. Ya no más industrias para el entretenimiento. Ya no más de lo mismo desactivado y sólo mono para los mismos de siempre. Las políticas culturales son hoy el opio de las ciudades que se extasían ante el no va más de un museo de arte contemporáneo imprescindible o el concierto único del divo de turno o la conferencia de la mediatiquísima tal: entretenimiento pudo y duro. Todo el proletariado del sector lo sabe. Sólo los políticos y grandes gestores de la cultura encerrados en sus despachos enmoquetados o los académicos plastas en sus cátedras para la eterna repetición, hoy visten el traje del emperador made in Paris 1980: la vanidad de las políticas culturales desactivadas para que todos abracemos el mercado. El no pensar. La docilidad ante el capitalismo triunfante. Propondré, aquí, algunas cosas: deberes urgentes.

### **1. Qué pasó en los últimos años**

Reconozcámoslo: es de sabios. Es de humanos. Nos hemos despistado: hemos perdido el norte. Ocurre en navegación: lo cuento en mi último libro de la editorial Paidós de Buenos Aires: *La responsabilidad social en la cultura, del karaoke de las políticas culturales a la cultura con los ciudadanos*. Un libro que grita más alto y fuerte algunas de las ideas del que le precede: *se acabó la diversión, ideas y gestión para la cultura que crea y sostiene ciudadanía*. Aquí está lo que sé, pienso y propongo.

Voy a sintetizarlos. Leedlos los interesados. Los que queréis sugerencias para pistaros. Especialmente desde los 90 el yupismo se apoderó de las políticas culturales que optaron por los acontecimientos mediáticos como baremo de inteligencia, por el culto dorado y con generosidad de dinero público para los artistas – si raros, mejor–, por las industrias culturales que terminaron propiciando individualismo y entretenimiento dulzón. Triunfó el proyecto que la CIA puso en marcha en Europa y Latinoamérica después de la derrota del pensamiento y la convivencia plural con la que se cerró la Segunda Guerra Mundial: *no pensar es mejor y consumir facilita optimismo*. Amén. Algunos siempre hemos discrepado. Ahora somos más. Y seremos más. Hemos, las organizaciones de la cultura, especialmente las del sector administrativo, potenciado en estos últimos 15 años más y mejores consumidores culturales. En esto merecemos notable alto. Pero nos

hemos olvidado –todos y en el sector administrativo con alevosía– de los ciudadanos anónimos, inseguros, vulnerables.

Es el momento de enmendar.

Es el momento de retomar la revuelta acuchillada del mayo del 68 francés –y tantas otras– que proclamaba que bajo los adoquines está la playa, está la vida cotidiana del mundo mejor. Es el momento para regresar a la ciudad, al barrio, al pueblo: a los plurales, olvidados y anónimos ciudadanos, responsables primeros y últimos de la cultura. De la vida que quieren y prefieren. Del mundo más humano y esperanzado por el que siempre la ciudadanía opta. Es el momento de regresar al sentido común: a más vida para la vida. Para todos. Y con todos. No sólo –no soy extremista– más consumo. Más culto a la moda. Es el momento de centrar otra vez –reconozcámoslo– la cultura en los valores claves. Porque otra vida y otro mundo es posible. Y lo queremos ya, nos recordaban al inicio del siglo los muchachos altermundistas tocando las trompetas del despertar frente a la sumisión, la simulación y el éxito sólo financiero.

## **2. Qué es hoy cultura.**

Estamos en una de las partes del núcleo para un nuevo vigor de las organizaciones para la cultura. Preguntémonos, pues y ahora, qué es la cultura, para qué nos sirve: ¿es realmente imprescindible para la vida personal y común? ¿O es decoración: comprar un cuadro, comprar la entrada para el concierto, ir de viaje para contemplar el último museo...?

Las ideas preceden a la gestión: a la santa gestión de las políticas culturales que lo centraron todo en el simple saber hacer: el *management*. ¡Las ideas otra vez! Pensemos con los pies en el suelo, con el corazón abierto a la igualdad de oportunidades, con los ojos contemplando las injusticias justificadas, las políticas no transparentes, oliendo la tierra contaminada y junto a los ciudadanos que se siente inseguros, vulnerables. Y preguntémonos, desde la propia organización, personalmente y en equipo, desde lo que hacemos: ¿cultura para qué?

Todos sabemos la respuesta: cultura para facilitar sentido a la vida personal y común. Sentido actual abierto al futuro para abordar la creciente inseguridad de los ciudadanos con empleos efímeros y escasos, instalados ya en la sociedad del estrés, con estilos de vida huracanados por la ansiedad, ciudadanos que creen cada día menos en las instituciones públicas democráticas. Ciudadanos azotados, últimamente por el alarmismo del miedo al otro diferente, legado vergonzoso de los *neocons* y demás barbarie. Ciudadanos

con vidas trepidantes que optan por respuestas rápidas: el todo ya, la hiperintensidad del instante. ¿Exagero? Leerlos, por favor, *La sociedad líquida* de Bauman. O mirad al entorno sin tópicos.

Olvidémonos, por favor, de la diversión: del entretenimiento. Es importante en la vida. Pero, hoy, quien se ocupa de esto es otro sector. Floreciente. Interesante. Pero no básico. Es el sector de las industrias del cine para la distracción, de los libros para pasar el rato agradablemente, de la música como fondo rítmico, del diseño para el entorno más agradable... Un sector con el que las organizaciones de la cultura, ocasionalmente, colaboramos. Como los hacemos con el sector de las organizaciones para la salud, el urbanismo o el deporte.

Nos urge cultura para el sentido de la vida, especialmente, para impedir los fundamentalismos de pelaje diverso –económico, social, religioso...– que están creando enfrentamientos, distancias, enemigos y toda clase de barbaries. Algunas muy sutiles. Pero igualmente devastadoras.

Ni un día más, el sector de las organizaciones para la cultura podemos continuar coqueteando con las apuestas de capricho, las actividades a la moda o el salir en los medios de comunicación. Es tiempo para repensar cómo colocamos a los ciudadanos en el centro de nuestras decisiones, en el lugar donde hasta ahora hemos colocado a los artistas, los santos patronos para la cultura de esos últimos años, junto a los políticos y los gestores de pro. Y el todopoderoso dios de los medios de comunicación, hoy dios títere al servicio de empresas de pelaje muy diferente.

### **3. Comprendamos que el ciudadano se hace.**

Se hace. Y se deshace.

El ciudadano se construía desde la educación: el gran vehículo multiforme para hallar sentido a la vida. La efelsia griega, los pedagogos romanos, las escuelas monásticas y catedralicias medievales y los talleres de oficios, la educación pública después... Hoy –he sido maestro muchos años– la educación es información y aprendizajes especialmente organizados para el mundo de la producción, del trabajo. Se espera todo de las escuelas con curriculones imposibles. Las familias, están, mayormente, desorientadas. Y la muchachada se enchufa a la tele o a la electrónica.

En el mundo actual, el sector de las organizaciones para la cultura somos –qué responsabilidad y privilegio– quienes potenciamos, acrecentamos, mantenemos ciudadanía responsablemente activa, emprendedora, convivencial, desde las propuestas de valor cívico,

ético, que facilitamos a través de todo lo que proponemos: de nuestros servicios, proyectos, acciones, comunicaciones... indispensables para interrogarnos, para compartir vida, para trazar presente y futuro.

Aquí, y para este cometido vital, son especialmente importantes e indispensables las plurales organizaciones asociativas ciudadanas: son clínicas donde descubrir, donde alumbrar, donde incrementar ciudadanía con sentido común desde cada barrio de la ciudad, desde cada pueblo del país. Porque en ellas, con intensidad, se comparte con el otro. Y se empuja una vida cotidiana mejor.

Quien brillantemente plantea esta cuestión nuclear en las organizaciones para la cultura del siglo XXI es Hannah Arendt, judía alemana que estuvo siempre por una democracia participativa donde siempre es imprescindible la aportación voluntaria de los ciudadanos personalmente, pluralmente, para crear conjuntamente una esfera común donde podamos actuar confiada y libremente en igualdad de condiciones. Cada ciudadano posee el poder de poder cambiar las cosas: es y se construye como esperanza.

Una asociación y un país sin una amplia red de asociaciones civiles ciudadanas, para la cultura, tiene anemia: no dispone de clínicas para el nacimiento constante de ciudadanía actual, vigorosa. No tiene espacios para abordar, entre ciudadanos, los retos y las necesidades para la vida mejor. Compartida. Entonces los ciudadanos lo esperan todo, en cultura y en casi todo, de la administración pública que se convierte en papá y mamá estado protector. Y, a menudo, amo: estamos, entonces, no en ciudades y países de ciudadanos. Son simple y desgraciadamente, administrados y votantes condicionados.

La primera tarea para la cultura de los ciudadanos desde las organizaciones administrativas es facilitar que la red de asociaciones crezca y se consolide desde la pluralidad. La segunda es de colaboración: pensar, diseñar y gestionar cultura para la ciudad o un país sólo es posible desde el diálogo y la cooperación con ellas. Olvidarlo es puro y duro dirigismo intolerable.

Desde la mutua cooperación entre red de organizaciones asociativas para la cultura y el liderazgo democrático de la municipalidad, la provincia o el estado, se propondrá sentido compartido para la vida personal y pública en un mundo complejo, se incrementará la convivencia desde las diferencias, se avanzará hacia estilos de vida más justos y solidarios, se profundizará en la democracia no sólo partidaria, se pondrá énfasis en cuestiones vitales inaplazables, será imposible la corrupción y se incrementará

–lo dejo aquí– la igualdad de oportunidades, la sostenibilidad o la paz.

Ya es hora que la cultura asuma su responsabilidad social.

Basta de excusas y debates de salón.

Fin de vidrieras y escaparates.

La opción por una cultura radicalmente ciudadana –ya basta de circunscribirse a lo artístico– nos pide a todos, y a nuestros equipos organizativos, reimaginación en conceptos, en estrategias, en comunicación, en evaluación, en opciones... Sólo así movilizaremos: implicaremos, sumaremos a más y más ciudadanos para la ciudad de valor que necesitamos, para el país en avance para todos que deseamos. Nos esperan tiempos de trabajo arduo.

Y de cambios.

Tiempos maravillosos de rediseño feroz.

#### **4. Cómo motivamos ciudadanía desde la cultura**

Un poco de gestión.

¿Trabajamos así o parecidamente?

##### **Escuchamos a los ciudadanos atentamente y sin tópicos.**

¿Por qué a una abrumadora mayoría les interesa poco lo que les proponemos? ¿Estamos aportando realmente valor para mejorar sus vidas tan diferentes? ¿Qué les preocupa? ¿Qué desean intensamente? Todo está aquí. Dedicuémosle tiempo e inteligencia a comprender la incertidumbre como atmósfera en la que vivimos: vidas precarias, cambiantes en cualquier momento, por ejemplo. Detectemos los puntos clave urgentes que preocupan ahora a los ciudadanos del entorno. Y sus horizontes de deseo. Pongamos la aguja de la acupuntura en la vida *dañada* –expresión de Adorno– de los ciudadanos. Y comprendámosla.

**Presentemos un valor imprescindible para el sentido en la vida.** Desde la escucha, desde la vida de los ciudadanos ¿qué valor es prioritario para avanzar, para encontrar más sentido en la vida, para la convivencia? No valores como buenos propósitos. No deseos al viento. Un valor especialmente estratégico, vitamínico, energizante: creatividad, solidaridad, suma desde las pluralidad, innovación, sensibilidad, comunicación... ¿Cómo lo diremos, escribiremos? Somos este valor: facilitamos el que sea vida ciudadana.

**Diseñemos, desde el valor y las necesidades y retos ciudadanos, una pregunta avanzada para la cultura.** Desde cada organización de la ciudad y el país. Abiertos a la



cooperación con otras organizaciones/asociaciones. Sumemos. Una organización para la cultura solo, siempre, es casi una secta: abrámonos a otras organizaciones para la cultura y a las que trabajan para la ecología, la educación, la gente mayor o los jóvenes, las mujeres, la inclusión social... Si somos organizaciones de la administración pública, no hagamos nada solos. Dotémonos de consejos donde estén presentes ciudadanos plurales, creativos, asesores... ¿Por qué no nos organizamos como una red federada de organizaciones para la cultura de la ciudad, plurales, de tamaño diferente, con estatus jurídicos propios, pero todas por la cultura de los ciudadanos y con los ciudadanos?

**Dotémonos de un catálogo de servicios/acciones anual.** Que daremos a conocer a los ciudadanos al regreso de las vacaciones de verano, sugerente, lleno de atracción, rebosante de energía para la vida. No improvisemos: somos una organización responsable para la cultura. De referencia. Trabajémoslo con equipos de creativos y productores. Aseguremos calidad. Seamos imprescindibles para más vida en la vida.

**Comuniquemos con un estilo propio.** A través de varios medios. Estemos presentes en la vida de la ciudad. Pongamos un interés especial en el boca a boca. Cuidemos el momento en el que los ciudadanos estén en las cosas que les presentamos. Seamos siempre comunicación de valor.

**Logremos la confianza de los ciudadanos.** La lograremos si todo lo hacemos y pensamos, lo comunicamos, desde ellos y con ellos: nuestra organización para la cultura formará parte de su agenda, estará prioritariamente en sus opciones. Porque aportamos sentido. Porque somos lo que prometemos. Porque su ciudadanía, en lo nuestro, crece en profundidad y apertura.

## **5. Qué vamos a transformar próximamente.**

La mayor recompensa, gratificante, del libro *Se acabó la diversión: la cultura que crea ciudadanía*, de Paidós, ha sido las notas de políticos, gestores, trabajadores en equipos a los que les ha ayudado a pensar y trabajar diferentemente. Mejor. Con resultados más diáfanos.

¿Dónde queréis estar, como organización para la cultura, en el 2010? ¿Qué no va y no os atrevéis a cambiar? ¿Qué soñáis y sabéis que es urgente pero no os decidís a experimentar?...

Es el momento de la innovación. Del rediseño. De las decisiones. Los ciudadanos lo esperan. Y nuestros equipos también. Lanzaros. Sin miedo. Plantearos retos y logradlos.

Estáis en un momento clave para las ciudades y el país: en el 2010 celebraréis el bicentenario de la independencia. Éste debe ser el siglo de Argentina. Más: éstos son los años fértiles en los que la cultura facilitará que Argentina sea un país, desde una red de ciudades y pueblos, para la convivencia, la inteligencia, la cooperación, la innovación y el avance. Está en nosotros liderarlo.

Haciéndome más las palabras de Kennedy, preguntaros: ¿qué puedo hacer, desde mi organización, para la cultura de mi pueblo, de mi ciudad, mi país y el mundo? No seáis recómodos y sólo os preguntéis: ¿qué hace para mi organización la ciudad, los ciudadanos, el estado o quien sea? Estamos en tiempos de rediseño: ¿qué hacemos, pues, desde nuestra organización para que en la ciudad, el país y el mundo la pobreza, la corrupción, la degradación ecológica... no avance y crezca la justicia, la solidaridad y la democracia? Centremos en los temas que aportan más vida, por favor. Y dejemos de contemplar el ombligo de las últimas novedades en las artes plásticas, el teatro de director increíble o la expo única. Aportemos a través de nuestro teatro, música, danza, expos... preguntas y apuntes para repensar la vida personal y común, para rediseñarla desde la esperanza. En los tiempos de la globalización. La cultura sólo es clave cuando opta por una ciudadanía más libre, más justa, más solidaria: más creadora de presente y futuro mejor.

Cámaras, ¡acción!

Sabéis que siempre estoy a vuestro lado para la cultura con los ciudadanos. Porque soy un ciudadano del mundo.

Gracias.

Toni Puig  
tpuigp@hotmail.com